

¡VENCE
el
TEMOR
al
FRACASO!

¡VENCE
el
TEMOR
al
FRACASO!

Claves bíblicas de Josué para
una vida victoriosa

ERWIN LUTZER



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Conquering the Fear of Failure* © 2002 por Erwin Lutzer y publicado en Estados Unidos por Regal Books, una división de Gospel Light Publications, Inc. Ventura, CA 93006 EE.UU. Todos los derechos reservados. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *¡Vence el temor al fracaso!* © 2011 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Mercedes De la Rosa-Sherman

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1394-0

1 2 3 4 5 / 15 14 13 12 11

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

*A Fred Hickman,
mi suegro,
cuya sumisión a la soberanía de Dios
le ha permitido superar los obstáculos de la vida.*

Contenido

<i>Introducción</i>	9
1. El complejo de langosta	13
2. Cuando la fe no da resultado	27
3. Cómo escuchar la voz correcta	41
4. Una estrategia ganadora	55
5. Cómo dar el primer paso	69
6. Prepárate para la batalla	79
7. Tu primera gran batalla	93
8. El alto costo del pecado oculto	105
9. Cómo encargarse del enemigo	119
10. Cómo vivir con una mala decisión	133
11. El poder de la oración	145
12. Cómo vencer los obstáculos	155
13. Cómo hacer que las promesas den resultado	169
14. Elige a Dios	181

Introducción

Una mujer preguntó a su pastor:

—¿Cree usted que debemos orar hasta por las cosas pequeñas de la vida?

Él contestó:

—¿Se le ocurre que hay *algo* en su vida que sea grande para Dios?

Todos nuestros problemas, ya sean grandes o pequeños, interesan a Dios por igual; nada le parece ni demasiado pequeño ni demasiado grande. Para un campeón olímpico, poco importa si le piden que lleve una pluma o diez.

Isaías señaló que el Dios que creó el sol y las estrellas también es muy capaz de mantenerlos controlados. “¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis? dice el Santo. Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas; él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres; ninguna faltará; tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio” (Is. 40:25-26).

En general, todos los cristianos aceptan que Dios es todopoderoso. Pero ¿cómo podemos tener acceso a este potencial para vivir una vida auténticamente cristiana?

Dios está dispuesto a ayudarnos a liberarnos de la esclavitud del pecado y la angustia emocional. El dilema que afrontamos es: ¿Por qué ante todas sus promesas quedamos tan mal parados? ¿Por qué tantos de nosotros

somos esclavos de diversas adicciones, vivimos con relaciones desintegradas o simplemente somos derrotados en cada giro de nuestra peregrinación? ¿Por qué?

En nuestra decepción, podríamos concluir que en verdad Dios ha prometido demasiado. Lee un pasaje como el discurso del Aposento Alto (Jn. 13—17) y medita en lo que Cristo dijo a sus discípulos. Él les asegura que ellos no tienen necesidad de temer, que van a recibir una paz sobrenatural y que el Espíritu Santo vendrá a morar en ellos. Y que Dios hará cualquier cosa que pidan.

En agudo contraste con tan increíbles reclamos, nos enfrentamos con toda una letanía de derrotas personales y colectivas dentro de la iglesia creyente. La brecha entre las promesas de Dios y nuestro desempeño parece increíblemente amplia. ¿Acaso Dios ha prometido más de lo que puede cumplir?

Otra posibilidad es que no hayamos tenido suficiente instrucción sobre cómo han de aplicarse las promesas de Dios. Tal vez esperemos que Él nos dé todo lo que le pedimos y olvidemos que existen algunos requisitos bastante estrictos para experimentar la bendición del Padre.

Por eso, debemos acudir al libro de Josué. Josué, más que ningún otro libro, nos enseña lo que tenemos que hacer *nosotros* para ver cumplidas las promesas de Dios. Por un lado, Dios dijo a Josué claramente que la tierra de Canaán era suya; por otro, él tenía que derramar sangre, sudor y lágrimas para reclamar su legado.

El libro de Josué es, en gran medida, una historia de guerras. Tan pronto entraron los israelitas en la tierra, los cananeos comenzaron la batalla. A cada paso que daban, tenían que luchar con enemigos airados. No tuvieron una victoria sin impugnación.

De la misma forma para nosotros, tomar en serio las promesas de Dios es declararles la guerra al mundo, a la carne y al diablo. En el momento mismo en que comenzamos a procurar las bendiciones de Dios, las fuerzas del mal salen de su escondite.

Podríamos ahorrarnos el decepcionarnos de Dios si recordáramos que Él no le cumplió a Josué su palabra en un solo día. De hecho, esperar hasta que el Señor cumpla su Palabra no es la excepción, sino la regla. Abraham no vivió lo suficiente como para ver el cumplimiento de algunas promesas que el Señor le hizo. La Palabra de Dios es completamente confiable, pero tenemos que estar dispuestos a esperar.

Aprenderemos que el camino de Josué a la victoria no fue fácil y que estaba lleno de reveses y amargos engaños. El mismo Josué cometió errores; y varias veces su pueblo se rebeló y tuvo que retirarse de un territorio que estaba a su alcance. Cuando Josué murió, la guerra no terminó. Todavía quedaban focos de resistencia que seguían acosando a los israelitas.

El propósito de este libro es ayudarnos a entender principios para aplicar las promesas de Dios. Con la Biblia en una mano y nuestro conocimiento de las incoherencias de la naturaleza humana en la otra, esperamos poder *cerrar la brecha entre promesas y desempeño*.

¡Vence el temor al fracaso! no es un comentario del libro de Josué (ya existen muchos excelentes). Tampoco es primordialmente devocional. Más bien es un manual que nos guía por los escollos del crecimiento espiritual, quitándole terreno a Satanás y usándolo para la gloria de Dios.

Para beneficiarte al máximo de este libro, lee el pasaje de las Escrituras citado al principio de cada capítulo.

Es mi oración que mediante el estudio de Josué, todos demos un paso gigante hacia la madurez espiritual. En ese proceso, descubriremos que Dios es todopoderoso y digno de nuestra confianza.

Capítulo 1

El complejo de langosta

Números 13:25-33

Los trastornos de la personalidad se han convertido en una realidad de la vida. Todo el mundo, cristianos y no cristianos por igual, parecen tener uno u otro complejo. Algunos somos introvertidos; otros, extrovertidos. Algunos tal vez sufran de paranoia o esquizofrenia.

Sin embargo, existe un complejo que podría ser el más común de todos: *el complejo de langosta*. Y no hay ningún otro trastorno que pueda paralizar tanto nuestro andar espiritual con Dios.

Doce espías habían ido a la tierra de Canaán a determinar la estrategia militar necesaria para conquistar esa Tierra Prometida. Diez se sintieron amedrentados por el proyecto, pues creyeron que los habitantes estaban demasiado bien fortificados como para ser desarraigados.

Específicamente, la mayoría dijo: "...No podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros" (Nm. 13:31). Dieron un informe malo, lo cual hizo temblar de temor a miles de los que los oyeron.

Dos de los espías, Josué y Caleb, tranquilizaron al pueblo y les rogaron que disintieran de sus compañeros. Dijeron: "...Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos" (13:30).

Sin embargo, el informe de la mayoría prevaleció (ver Nm. 14:1-4), ya que los diez espías exageraron de manera convincente la dificultad de obedecer a Dios. "...La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra que traga a sus moradores; y todo el pueblo que vimos en medio de ella son hombres de grande estatura. También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes, y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos" (13:32-33).

Fíjate en lo siguiente: los diez espías vieron a los cananeos como *gigantes* y a sí mismos como *langostas*. ¡Con qué facilidad un gigante aplasta a una langosta!

Existen varias razones poderosas por las que toda la nación de Israel adoptó el complejo de langosta:

En primer lugar, los cananeos estaban mejor armados. Mientras Israel tenía unas cuantas estacas de madera, los paganos a quienes debían conquistar tenían caballos y carros y habían dominado el uso del hierro. Militarmente hablando, había una gran diferencia entre los dos antagonistas. Los ejércitos cananeos estaban bien adiestrados y tenían experiencia en guerras. Durante siglos habían peleado entre ellos y habían dominado el arte de la crueldad. Su organización fuerte y sus armas superiores los hacían formidables.

En segundo lugar, los cananeos vivían en ciudades amuralladas, mientras que los israelitas vivían en tiendas. En la guerra, hay una inmensa diferencia entre defender una fortificación y arrancársela al enemigo. Para defender una ciudad amurallada, solo se necesitan unos cuantos soldados; pero por lo general, se necesitan varios cientos más para capturarla.

Literalmente, los israelitas no tenían dónde esconderse.

No había trincheras ni fortificaciones. Para ellos era muy difícil imaginarse que tendrían alguna ventaja si se veían en una guerra abierta.

En tercer lugar, los cananeos eran más grandes físicamente. Sí, había gigantes en la tierra. No sabemos por qué los cananeos eran más altos, pero en realidad habían llegado a ser una raza físicamente superior, y los israelitas palidecían en comparación con ellos.

Visto desde un ángulo, era lógico que el pueblo eligiera el informe de la mayoría. Tenían todo en su contra. ¿Para qué arriesgarse a una muerte casi segura cuando tenían la opción de quedarse en el desierto y que Dios los alimentara?

El único factor que podía cambiar la ecuación de manera significativa era que Dios estaba del lado de los israelitas. Más que eso, el Todopoderoso había hecho una promesa específica: si ellos creían que Él les daría la victoria, la alcanzarían. Una simple fe en Dios cambiaría el equilibrio del poder militar. ¿Quién puede prevalecer contra los ejércitos del Todopoderoso?

Sin embargo, *siempre es más fácil ver a los gigantes que ver a Dios*. En presencia de enemigos poderosos, tendemos a subestimar la fidelidad y el poder del Señor.

Adoptamos el complejo de langosta siempre que *nos alejamos de un reto hecho por Dios por temor a carecer de los recursos para enfrentarlo*, o cuando intentamos evitar afrontar un problema que obstaculiza nuestro progreso espiritual.

Hace poco hablé con una mujer que no podía terminar de preparar un currículum vitae para solicitar empleo sin escuchar una voz que le decía que iba a fracasar. Conozco a un hombre que se crió en un hogar, donde para su padre, nada era suficientemente bueno. El hijo vive acosado por

el sentimiento de que decepciona a todo el mundo, incluido Dios. Tal como dice él, está “destinado al fracaso”. El complejo de langosta.

Los diez espías se vieron gravemente afectados por el complejo de langosta, y el virus se propagó a toda la multitud. Moisés quería un informe sencillo de la buena tierra que se había de conquistar. Lo que obtuvo fue el fruto del temor: la influencia destructora de un mal ejemplo.

¿Cuáles son algunas de las características del complejo de langosta?

Un corazón que duda

La mayoría ruidosa solo pensaba en las muchas razones que tenían para perder en la batalla; no se les ocurría pensar en ninguna razón por la que pudieran ganar. Aunque Dios les había hecho una promesa, no les parecía realista y no la creyeron. “...No podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros” (Nm. 13:31).

¿Por qué todo ese negativismo? Tal vez pensaron que Dios les había fallado en el pasado. Se acordaron más de las aguas amargas de Mara que de las aguas dulces que a la larga fluyeron del oasis. Se acordaron de que Dios dejó que pasaran sed hasta que le pidió a Moisés que golpeará la roca en Horeb. Luego estaba la guerra con Amalec y más tarde el día aterrador en el que los levitas mataron a tres mil israelitas por causa del becerro de oro.

Incluso más viva en su memoria podía haber estado la reciente disputa sobre el “menú” en el desierto. Se habían cansado del maná y se quejaron de que no comían carne. Dios los castigó concediéndoles el deseo mezclado con juicio (ver Nm. 11:33).

¿Cómo podían confiar en un Dios que los había tratado

con tal severidad? ¿Y si Él se ponía en su contra en medio de la batalla contra los cananeos? Confiar en un Dios invisible para luchar contra un ejército muy visible era pedir demasiado. Además, no tenían ganas de pelear.

A pesar de que podríamos vernos tentados a excusar su falta de fe, Dios no sentía la misma solidaridad. Él interpretó su decisión como un cuestionamiento colectivo de su credibilidad. Aunque perdonó su pecado en respuesta a la oración de Moisés, estaba *muy* enojado: “¿Hasta cuándo oiré esta depravada multitud que murmura contra mí, las querellas de los hijos de Israel, que de mí se quejan?... En este desierto caerán vuestros cuerpos; todo el número de los que fueron contados de entre vosotros, de veinte años arriba, los cuales han murmurado contra mí” (Nm. 14:27, 29).

Dios atribuyó el temor al fracaso de los israelitas a sus corazones endurecidos. Estaba enojado con la generación completa y juró que no entrarían en la tierra. El autor del libro de Hebreos cuenta esta historia y advierte: “Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo” (He. 3:12).

Un corazón que duda no es simplemente una falta menor que se pueda pasar por alto como un fallo entre muchos. Dios la llama “corazón malo de incredulidad” y tiene su origen en una rebeldía voluntaria.

¿Cuáles son otras de las características del complejo de langosta?

Una imagen propia distorsionada

Volvamos a leer el informe de los diez espías amedrentados: “También vimos allí gigantes... y éramos nosotros,

a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos” (Nm. 13:33).

Observa que cuando los espías se vieron a sí mismos como langostas, ¡de inmediato supusieron que los cananeos también los veían como langostas! Todos creemos que los demás nos perciben como nos percibimos nosotros.

Los niños a quienes sus padres les dicen que son tontos, que están destinados al fracaso y que son feos creerán que es así como los ven los demás. La persona que se considera perdedora cree que los otros la ven de esa forma; peor aún, es muy probable que se comporte así. La percepción que tenemos de nosotros mismos es el fundamento sobre el cual edificamos nuestros sueños, sean buenos o malos.

Visto de una forma, la evaluación que hicieron los espías de sí mismos parecía humilde: “¡No somos más que langostas!”. Pero la verdad es que no era más que una confesión de su propia incredulidad; era un insulto a Dios. ¿Por qué debe una persona que confía en el Todopoderoso verse como una langosta?

Es interesante notar que los espías estaban equivocados cuando dijeron que los cananeos los veían como langostas. En realidad, los cananeos estaban muertos de miedo. Treinta y ocho años después, cuando los israelitas finalmente hicieron planes en serio para entrar en la tierra, otra generación de espías fue a Jericó y se comunicó con Rahab, la ramera. Puesto que ella trabajaba en el burdel de la ciudad, sabía lo que pensaban los ciudadanos de los israelitas. Rahab informó: “Sé que Jehová os ha dado esta tierra; porque el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los moradores del país ya han desmayado por causa de vosotros” (Jos. 2:9).

Lejos de ver a los israelitas como langostas, ¡los cananeos los veían como gigantes! Estaban aterrados y se preguntaban por qué habrían tardado tanto los israelitas en reclamar su herencia. Rahab entendía las cosas incluso mejor que los israelitas informados, pues prosiguió diciendo que Jericó había escuchado hablar de los milagros que Dios había hecho: “Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más aliento en hombre alguno por causa de vosotros, porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra” (Jos. 2:11). Ella sabía quién era Dios, incluso cuando el pueblo de Dios tenía sus dudas.

Si nosotros vemos a Satanás como invencible, *lo será*. Sin embargo, no podemos ver a Satanás por quien es realmente hasta que veamos a Dios por quien es Él... y a nosotros por quienes somos en Cristo. Los cristianos debemos vernos en Cristo como perdonados, aceptados, ascendidos y victoriosos. Entonces veremos a Satanás derrotado y totalmente dentro del alcance de nuestra artillería espiritual. Independientemente de las paredes detrás de las que se esconde, Satanás puede ser derrotado y destronado.

El complejo de langosta nos hace sentir inferiores ante situaciones e incluso personas que, con la autoridad de Dios, podemos confrontar. Igual que el reflejo de un espejo doblado, distorsionamos nuestra imagen, la de nuestros enemigos, nuestros desafíos y hasta nuestro Dios.

Y eso no es todo.

El doble ánimo

Los que se ven a sí mismos como langostas cambian su enfoque constantemente en busca de una estrella polar que puedan seguir. A veces piensan en las promesas de Dios,

pero esos momentos dan paso a los supuestos beneficios de la incredulidad. Mantienen un ojo en el mundo y un ojo cambiante en Dios.

Cuando el pueblo escuchó el informe de los diez espías, cayeron en un pantano emocional. Lloraron toda la noche y se quejaron contra Moisés y Aarón diciendo: "...¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos!" (Nm. 14:2).

El próximo paso era nombrar a un capitán que los regresara a Egipto. Y cuando Josué y Caleb intentaron persuadir al pueblo para que abandonara esos planes y siguiera creyendo que el Todopoderoso le daría la victoria, la congregación respondió diciendo que esos dos optimistas debían ser apedreados. ¡Hasta ahí llegaban los beneficios de la fe!

Huelga decir que el pueblo olvidó, para su conveniencia, que su estancia en Egipto no había sido totalmente agradable. No se acordaban de la esclavitud, los azotes y las muertes fuera de tiempo de sus parientes y amigos. Más bien hablaban de la seguridad que Egipto les ofrecía. Con un pie en el desierto y otro en aquella nación, no tenían pies que los entraran en la Tierra Prometida.

Santiago nos recuerda cómo debe ser nuestra petición de sabiduría: "...con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos" (Stg. 1:6-8). El doble ánimo se manifiesta en todos los aspectos de la vida.

Los israelitas fueron sacados de Egipto para que entraran en Canaán. En ese momento, se encontraban suspendidos

entre aquellos dos acontecimientos, temerosos de seguir adelante y, al mismo tiempo, incapaces de regresar. Puesto que ninguna de las dos opciones era una posibilidad verdadera, estaban condenados a deambular en tierra de nadie. Fueron enviados al desierto hasta que todos los adultos (a excepción de Josué y Caleb) hubieran muerto.

Me han dicho que los griegos hacían una carrera en la cual un hombre ponía un pie en un caballo y otro pie en un segundo caballo. El hombre podía montar así siempre y cuando los caballos permanecieran juntos, pero cuando comenzaban a separarse, él tenía que tomar una decisión.

El doble ánimo es una de las causas principales del complejo de langosta. El ojo que cambia su enfoque entre Dios y el mundo carecerá de estabilidad cuando dé pasos confiados en busca de nuevos horizontes para la gloria de Dios.

El deseo de seguridad

Otra motivación de la multitud israelita era el *temor*, el temor a fracasar en la batalla. Creyeron, contrariamente a las promesas de Dios, que todos morirían. ¡Cualquier cosa es mejor que la muerte!

El argumento de permanecer en el desierto parecía inexpugnable: *si no peleaban, ¡no podían perder!* La opción estaba entre vivir en el desierto ya conocido o arriesgarse a la posibilidad de ser aplastados por un enemigo desconocido. Los cananeos probablemente no iban a dejar sus ciudades amuralladas para acosar a los israelitas en un desierto inhóspito. Por tanto, si los israelitas simplemente se negaban a aceptar el reto de la batalla, no tendrían que lidiar con el temor al fracaso.

Muchas veces criticamos a Pedro, el cual comenzó a

hundirse cuando estaba caminando sobre las aguas para ir hacia Jesús. Lo reprendemos por quitar la mirada de Cristo. Sin embargo, debiéramos halagarlo porque al menos estuvo dispuesto a correr el riesgo de salir de la barca e intentar caminar sobre el agua. Aunque vaciló en el proceso, corrió el riesgo de confiar en que Cristo haría un milagro. Los demás hombres no corrían el peligro de ahogarse porque fueron a lo seguro y se quedaron en la barca.

Algunas personas evitan el fracaso solo porque no tienen una buena oportunidad de fracasar. Van a lo seguro y no corren ningún riesgo. Para ellos la seguridad tiene una prioridad tan alta que preferirían no hacer nada antes que intentar algo que pudiera salir mal.

El desprecio de la debilidad

Es posible que los israelitas pensaran que debían esperar hasta que fueran tan fuertes como los cananeos antes de ir a la guerra contra ellos. Pero Dios no quería que ellos fueran fuertes. Estaba muy dispuesto a que ellos siguieran siendo débiles para que Él compensara sus deficiencias. Ya habría un momento para estrategias y fortaleza, pero la fe en sus promesas era todavía más importante.

Muchas veces hablamos de una “fuerza que viene de Dios”, pero también debemos estar familiarizados con la “debilidad que viene de Dios”. Cuando Él quiso usar a Pablo de una manera más grandiosa, le dio un “aguijón en la carne”. Cuando Pablo oró para que Dios se lo quitara, recibió la respuesta de que la gracia divina sería suficiente. Así, Pablo contestó: “Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; *porque cuando soy débil, entonces soy fuerte*” (2 Co. 12:10, cursivas añadidas).

Jacob fue debilitado físicamente por Dios la víspera de su encuentro con su hermano Esaú, con quien estaba distanciado. Veinte años antes había hecho daño a su hermano y ahora esperaba hostilidad, tal vez hasta una pelea. Dios tocó el encaje del muslo del patriarca para que él enfrentara a su hermano cojeando (ver Gn. 32:22-32). Nada lo hubiera obligado tanto a confiar en Dios como ser débil en el mismo momento en que necesitaba ser fuerte. Por naturaleza, pocas veces confiamos en Dios *a menos que tengamos que hacerlo*.

No debemos despreciar las debilidades, pues son un don de Dios. En su lugar, debemos poner las promesas divinas: al Señor le encanta usar esas debilidades para llevar nuestra atención a Él.

¿Es de sorprenderse, pues, que Moisés dijera después a su pueblo que los que tuvieran miedo de ir a la batalla debían quedarse en casa? Los sacerdotes, dijo Moisés, debían calmar a las personas y recordarles que, puesto que el Señor estaba con ellos, no debían dejarse dominar por el pánico. “Porque Jehová vuestro Dios va con vosotros, para pelear por vosotros contra vuestros enemigos, para salvaros” (Dt. 20:4). Pero a los temerosos, los oficiales debían decir: “¿Quién es hombre medroso y pusilánime? Vaya, y vuélvase a su casa, y no apoque el corazón de sus hermanos, como el corazón suyo” (Dt. 20:8). Es mejor quedarse en casa que propagar temor entre los que se están preparando para confiar en Dios para obtener la victoria. ¡El temor es contagioso!

El complejo de langosta tiene remedio. Es unirse a los que tienen el valor de tomar sus recursos y *añadir a Dios*. Ante un claro mandato de parte de Dios, podemos avanzar y reclamar el territorio que Él nos ha asignado.

Cómo identificar nuestro propio complejo

Todos nos hemos visto en estas descripciones del complejo de langosta. Todos nos hemos acobardado ante la voluntad de Dios porque nos sentimos abrumados por nuestras inseguridades y temores. Hemos creído que Él nos ha dado una carga demasiado pesada para llevar.

Tengo entendido que cuando las tropas estadounidenses llegaron a uno de los campos de concentración de Alemania, algunos de los prisioneros no se regocijaron. Salieron de los cuarteles, escucharon las buenas nuevas y luego regresaron en silencio a sus inhóspitas celdas. Se habían acostumbrado tanto al confinamiento y el abuso ¡que temían la libertad!

El fracaso causa adicción. Si tenemos una cadena de fracasos en el pasado, puede que nos avergoncemos ante el reto del crecimiento y la victoria espirituales. El complejo de langosta nos hace estar contentos con la mediocridad y la esterilidad espiritual. Hacer caso omiso a las barreras que hay entre nosotros y el crecimiento espiritual, al principio parece más seguro, pero no es nada provechoso.

Pensemos por un momento en el “territorio” que a lo mejor Dios quiere que heredes y en la “ciudad amurallada” que hay entre tú y tu herencia:

- la angustia de un matrimonio malo;
- la amargura del daño que te han hecho;
- el temor de hacer amistades por causa de abusos pasados;
- adicciones compulsivas ocultas que te roban toda la energía emocional y espiritual;
- amistades quebrantadas;

- mala salud;
- el temor al fracaso, que te causa inestabilidad.

Los obstáculos que existen entre tú y tu tierra prometida pueden parecer formidables. En medio de tu depresión, tal vez no puedas ni siquiera pensar en la posibilidad de demoler los fuertes. En pocas palabras, la integridad emocional y espiritual puede parecer imposible.

No te desalientes. Alguien ha dicho que *si no te han llamado a hacer algo imposible, nunca te han llamado*.

Otro hombre dijo: “Dios recibe honra cuando elegimos una tarea tan grande que si Él no se hace cargo de ella, ¡no se puede llevar a cabo!”. Todo el que haya seguido al Señor ha tenido que correr algunos riesgos, humanamente hablando. Nadie puede llegar a la cima de una montaña por el camino de menor resistencia.

Quizás te sientas descorazonado por causa de decepciones pasadas. Recuerdas cuando te armaste de las promesas de Dios, pero Él, aparentemente, no te respondió. Tienes miedo de confiar en Él porque crees que te abandonó en el momento de tu necesidad.

Eso también les sucedió a los israelitas. Después de todo, hicieron un esfuerzo más bien valiente para tomar la tierra, pero fueron derrotados fácilmente como langostas. Averigüemos por qué.

